

## **La cárcel de los sueños**

¿No les da miedo lo realista que es un sueño? Digo, son álgidos, tormentosos, en efecto perturbantes y temporales, pero jamás dejan de ser significativos, poderosos, aun siendo un producto de nuestra imaginación. Particularmente, envidio con exceso a aquellos quienes, entre sus sueños, incluyen desvaríos y prolongadas locuras. Estas son las personas que imagino despertándose de una manera calmada luego de la noche o, al menos, descansando de alguna clase de terror latente, reconociendo que ya no está más ahí. Por mi parte, confundo perpetuamente sueño y realidad. Es el intercambio de realidad tan absurdo que recorro a considerar, sin éxito, que mis sueños no han terminado. En uno de mis tantos intentos, conocí a la mujer que amaba y consideré que era tan irrisoria la posibilidad de que fuera real que deduje su imposible existencia.

Recuerdo que no era para menos: Sus ojos color esmeralda en gota de aceite, sus piernas del color de las nubes, cada uno de sus cabellos eran hilos de oro; podría haber jurado que era alguna clase de musa, de esas que se aparecen para iluminar ideas que creemos reales en medio del sueño profundo. Pero no lo era. Finalmente, en cuanto la conocí, me lancé a costa de mi ignorancia y, aunque sufrí al pensar que seguía siendo imposible sentir tan vividos esos labios, esa rubia era más real que yo, sin duda. Así, pasado el tiempo, puedo afirmar que el amor creció sin dudar; incluso, luego de meses, era indescriptible pensar cómo es que ese primer beso fue tan bien correspondido.

Al momento de conocer a sus padres, reconocí de donde ella obtuvo su radiante belleza. Ví en ellos que la descomposición a causa de los años era imposible. De hecho, me sentí corrupto y sucio al ver tanta pureza en ellos y comencé entonces a sospechar de su existencia: Nada concordaba, nada encajaba con mi banal vida mortal. Supuse entonces que tenía que comprobar que no me encontraba bajo la percepción de un sueño y, para tal hazaña, me propuse a, paso a paso, confirmarlo sin recurrir al lado macabro de caer en una asquerosa pesadilla. Dentro de mi plan comencé con una discusión, esto dado que nadie sueña con una discusión. Así, compuse el plan perfecto para despegar el enojo y la furia en esos ojos verdes. Me dispuse a rasgar sus perfectos vestidos, sus telas nacaradas e inmaculadas. De seguro, pensaba, eso haría rabiar su alma dada su perfección. Pero el resultado fue escalofriante e inesperado: estaba inmutable al momento del crimen. De hecho, entendió a la perfección mis actos aludiendo a la carga en mi trabajo que, por cierto, iba de maravilla. Procedí, con suma preocupación, entonces,

al siguiente nivel: insultar a sus padres. Sin duda, hacerlo me causaría líos importantes en la realidad y así, sin alegar a locuras, lograría mi particular objetivo. Elegí mis palabras con fiereza al no encontrar error en esos seres tan perfectos, convencí mi alma de sentir aquello que hablaba entre una y otra práctica frente al espejo y, entre mareos constantes, decidí lanzarme a la contienda. Primeramente, una mueca que mostraba una arruga de descontento se asomó por el rostro de la madre de mi amada: sentí alegría instantánea. Sin embargo, mi encanto desapareció cuando, en realidad, su sonrisa mostraba el verdadero origen de esa arruga bien formada: Ellos no paraban de reírse, aludiendo a mí comedia y a mi gran talento para generar empatía. Luego, saliendo de casa de los padres de mi media naranja, solo pude sentir locura y desvarío. Intenté generar otro pleito para aferrarme a la realidad, pero, francamente, también me sentía del otro lado; yo estaba en un sueño mórbido.

Justo cuando llegamos a nuestra casa me sentí en la necesidad de escapar de mi sueño, queriendo proliferar algún evento de esos que me despertarían de golpe: Intenté romperme el brazo en el baño con ayuda de la puerta de la regadera, intenté golpearme con la perilla e incluso intenté ahogarme en medio del inodoro. Fallé en todo. De hecho, lo único que me gané fue que mi perfecta esposa viniera a mí rescate, curando mis moretones y advirtiéndome que debo tener más cuidado. De seguro, pensaba, yo había resbalado y caído y el hecho de imaginarme ese pensamiento solo me causaba aún más náuseas. Y es que fue ahí donde se me ocurrió la mejor de las brillanteces posibles: Tenía que acabar con lo único que me ligó desde un principio a ese sueño trágico. Mi cuerpo me decía que tenía que acabar con eso que me hacía delirar y sólo lo comprendí cuando me hallé con ese reflujo absurdo: tenía que acabar con la mujer de mis sueños.

Comprendí que justo así mis sueños acabarían, justo así mi pesadilla se iría y podría existir tranquilo, aunque eso implicara volver a jugar, en el futuro, esta clase de juegos macabros. A la mañana siguiente, después de una noche de desvelo, comprendí que debía hacerlo tan pronto como sea posible, pero puse sobre la mesa algunas reglas que evitarían trasladarme al plano de lo grotesco. Me propuse no ver su rostro al momento del acto, al igual que quise hacerlo mientras ella estuviese dormida. Aún así, no recurrí a envenenarla, no; yo tenía que ver y sentir como se escapaba su vida, pero sin llegar al escenario de sufrirlo del todo: yo tenía que sentir que se iba y al mismo tiempo que, dentro de su inmaculada fachada, se podía quedar en su magnífico esplendor. Recurrí a ahogarla con la almohada. Eran perfectamente las 3 de la mañana, llovía en

el exterior a cántaros, y supuse así que nadie afuera podría escuchar lo que sería mi fin en el momento en que alguien, por error mío, pudiese enterarse de la fechoría. Ví sus labios hermosos mientras dormía y lloré. Supuse que, mientras la veía, ella soñaba plácidamente; ¡como la envidiaba! Cómo quería que soñara conmigo mi dueña, cómo quería no tener que matarla para acabar con mi sufrimiento. No dudé un instante más en hacerlo. Recuerdo que, al oprimir mi almohada contra su rostro, sentí su álgida reacción. Reconocí cómo intentó zafarse, pero le fue imposible. Ví su último intento de sobrevivir con mis propios ojos. Ví su rostro angelical sin vida y lloré, lloré como si ya nada importara. Lloré como niño desvalido que siente que sus padres no existen más; lloré hasta quedarme dormido.

Y finalmente lo logré, desperté empapado en sudor. Me sentí tranquilo al ver la cara de mi hermosa mujer tornándose parcialmente horrible viendo mi desespero. No era posible que, dentro de un sueño como en el que estaba, el bello rostro de mi esposa se transformara en un artificio repleto de errores, aunque sea en el mínimo rasgo, como era el caso. Lo veía todo más claro: las bolsas bajo sus ojos, sus arrugas en la frente y, por sobre todo, la posibilidad de que me pudiese odiar, aunque sea sólo un poco en realidad. Ya no había diosa, ya no había mística, no había perfección y yo amaba eso, con toda la simpleza del caso. Sin embargo, me sigue pareciendo sumamente interesante que siga soñando esa terrible pesadilla que tuve y, más aún, que llegue a ser progresiva como lo ha sido. No comprendo como, cada vez que caigo en sueño, despierto en la cárcel, la cárcel de mis sueños, penando cada día por el crimen que le cometí a la diosa de la cual me enamoré. Sin lugar a duda, valga la pena decirlo, agradezco infinitamente que sólo sea un sueño, por muy real que me lo parezca.